



LA POBREZA EN EL SUFISMO

Por Héctor Ituarte

La práctica del desapego en la tradición hindú, de la pobreza y el desasimiento en la espiritualidad cristiana, del renunciamiento al mundo en el contexto taoísta, hallan su equivalente en la virtud de la pobreza (en árabe, *faqr*) en la mística islámica. El sufi es llamado faquir y también derviche, dos términos que en sus idiomas originales significan “pobre”. En todo camino auténtico la pobreza espiritual es exigencia para el que pretende ser discípulo. En la vida del sufi, la pobreza es la actitud central. El Corán contrasta al hombre que necesita a Dios, con Dios que es siempre Rico y Autosuficiente. Aquí está la raíz metafísica del concepto sufi de pobreza:

“Oh hombres, sois vosotros quienes tenéis necesidad de Allah, y Allah es el Autosuficiente, el Alabado”. (Corán, Sura 35, Aleya16)

La pobreza era un atributo del profeta que decía “la pobreza es mi honor”. Existen numerosas referencias a la pobreza

de Muhammad y muchas anécdotas sobre esta virtud en toda su familia.

Si bien aquí hablamos de pobreza espiritual los sufíes consideran que la pobreza exterior también es una condición necesaria al iniciar el camino, y ellos tratan de preservarla a lo largo de sus vidas. Es ilustrativa la historia de Ansari, que siendo extremadamente pobre, jamás pidió una manta a sus amigos ricos, aunque sabía que ellos podían y querían procurársela, pero “puesto que ellos no perciben mi pobreza, ¿por qué pedirles?”. Porque pedir significa confiar en las criaturas, y el alma se ve cargada con la gratitud hacia el dador, una carga que es considerada muy perniciosa por el místico. La pobreza en sentido espiritual significa la ausencia de deseo de posesión, aún la ausencia de deseo del Paraíso. Si el hombre no abriga deseos para sí, de este mundo ni del otro, puede llamarse auténticamente “pobre”. Poseer algo en significa en verdad ser poseído por eso. Así el mundo entra en el camino y se termina esclavizado. Y el sufi es por definición, *“aquel que no posee nada y no es poseído por nada”*, según la célebre sentencia de Al Junaid. Entonces la pobreza espiritual también significa libertad. El sufi sólo necesita a Dios, nada más. Recordemos a Santa Teresa: *“Sólo Dios basta”*.

La pobreza no se busca nunca por sí misma, pues esto significaría que hemos puesto este logro por delante de Dios. Los sutiles análisis de los místicos musulmanes dicen que la pobreza es una estación del camino, y el que hace de ella un logro, está “velado” ante Dios por su propio deseo de ser pobre. Por esta razón la verdadera actitud del sufi es la renuncia a este mundo, al otro y la “renuncia de la renuncia”, que es la entrega total a Dios.

La pobreza espiritual es sentir la propia imperfección y la necesidad de la búsqueda de la perfección. El profeta Muhammad decía *“He sido honrado sobre los demás profetas con Pobreza Espiritual”*. Y Dios, dirigiéndose a su Profeta, le dice: *“Di: ¡Oh Señor!, aumenta mi ciencia de Ti”*. (Corán, Sura 20, Aleya 114). Esta aleya indica que aun el Profeta, con su misión divina, tenía que buscar y desear más cercanía a la Unión divina. La pobreza en nosotros es la conciencia de nuestra propia indigencia, la vivencia de nuestra insuficiencia, saber que dependemos enteramente de Dios, bebemos el agua de Su universo, respiramos Su aire, Su sol nos abriga, nuestra vida en verdad está regida por el ritmo de Dios. Por eso la pobreza espiritual es el reconocimiento de un hecho y a la vez una aspiración. Una pizca de discernimiento nos dice que dependemos totalmente de Dios. El discernimiento total nos llevará a la entrega total. Y a la vez esta aspiración a ser pobre, a ser cons-

ciente de nuestra insuficiencia, va iluminándonos con más discernimiento. La dialéctica entre discernimiento (*viveka*) y desapego (*vairagya*) en la tradición hindú, es semejante a este diálogo entre conocimiento espiritual (*irfan*) y pobreza (*faqr*) en la espiritualidad musulmana.

La maravillosa paradoja de la pobreza espiritual ha sido manifestada por Muhammad cuando dijo “*Mi pobreza es mi honor*” porque quien conoce su indigencia busca la riqueza en Allah y sólo Allah colmará su necesidad. La actitud del pobre ante Dios dice: “Señor, estoy aquí con lo que soy, para que Tú me colmes con Tu Grandeza”. El que es conciente de que debe todo a Dios, se entrega a Él desde esa comprensión y participa de Su riqueza. Por eso los sufis dicen “el fakir es el sultán”. “No hay nada, sino Dios”. Es la sabiduría práctica de la Unidad Divina que el Islam expresa con el testimonio de Fe: *La illaha illa Allah*.

La pobreza es el grado máximo de humildad y desprendimiento. En el Cristianismo está bien definida por San Pablo cuando dice: “*Si alguno cree ser algo, cuando en realidad no es nada, se engaña a sí mismo*”. Si la criatura no es nada por sí misma, pues no tiene en sí misma su razón suficiente y no posee nada propiamente, desde la perspectiva metafísica, es rigurosamente nula frente al Principio divino y enteramente de-

pendiente de Él. La pobreza de espíritu consiste en ser consciente de todo eso. Y la conciencia inmediata de esa actitud es el desprendimiento. La pobreza espiritual nos guía para salir de la multiplicidad, desprenderse de lo creado, liberarse de lo ilusorio y volver al centro, hacer el camino de retorno a la Unidad, al Origen, a Dios, porque *“de Dios venimos y a Él retornaremos”*.

Por esta razón, los sufíes identifican la pobreza absoluta con la extinción en Dios (*al-faná*), que es la extinción del ego que ya no es solicitado por la multiplicidad. La criatura debe aniquilarse, porque, como dice Ibn al-Arif: *“Todo lo que no es Dios son velos que Lo ocultan”*. Y la primera parte de la vía espiritual es, pues, el vaciarse para Dios: *“La salud de la voluntad -dice el mismo autor - consiste en la generosa entrega a Dios de la propia facultad de obrar; en quedarse el sujeto vacío de poder, con el abandono de la libre elección; en permanecer inmóvil ante el curso de los divinos decretos, siendo como el cadáver entre las manos del que lo lava, que le da vueltas como quiere”*. También Al-Hallaj nos dice claramente que hay que vaciarse del yo: *“Tú eres el velo que oculta a tu propio corazón el secreto de Su misterio”*.

Si recordamos siempre nuestra absoluta dependencia de Dios, le invocaremos con devoción con las palabras que Él

mismo le comunicó al Profeta Muhammad: *“Di: ¡Oh Señor!, aumenta mi ciencia de Ti”*. (Corán, Sura 20, Aleya 114).

*Por el Prof. Héctor Ituarte
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
